

Espigar entre los desechos.

Publicidad institucional ante, bajo, con, contra... la ciudad

El siguiente texto no es la conferencia del mismo título que se impartió dentro de las Jornadas de reflexión y prácticas artísticas *Perifèries* 2007, sino una síntesis de su intención principal. La importante diferencia entre lo hablado y lo escrito, entre el registro de la acción o su recuerdo y la impresión sobre papel de lo pensado, necesitan modos de aproximación también diferentes. No existió el texto antes de la ponencia, sino que diferentes definiciones y datos aislados sirvieron de catalizadores entre sí para ser expresados a modo de guión más o menos preciso, pero nunca mimético, de lo dicho. Los ejemplos visuales fueron el motivo central de la exposición, mientras la introducción de cariz más teórica quiso servir de base sobre la que depositar las imágenes proyectadas: válidas por sí mismas y descontextualizadas por efecto de su contextualización allí, en ese momento. El breve texto que sigue sólo expondrá esta abstracción, evitando los ejemplos prácticos. De esta forma, podrá ser visto [o mejor dicho, querría que se viera] más como método discursivo que como trazado con final y principio definidos. Si queda bien expresado este modo de hacer y de mirar, devendrá herramienta o, aún mejor, “caja de herramientas”, por emplear la expresión foucaultiana. Cada cual podrá hacer uso de ellas del modo que considere más oportuno, empleando sus propios ejemplos y pudiendo ser asimismo contextualizado en un ámbito de acción preciso, ajeno por completo al de estas jornadas de debate y reflexión.

1. Definición del título.

Espigar entre los desechos

espigar **1** tr. o abs. AGR. Recoger las espigas sueltas que han quedado en el campo.

2 Buscar y recoger de distintos libros o escritos datos, noticias, citas, etc.¹

desechos **1** m. Cosa o conjunto de cosas desechadas por inútiles.

2 Resto que queda de un conjunto de cosas después de haber elegido las buenas o las

¹ Las definiciones de las palabras “espigar”, “desechos” y, más adelante, “preposición” han sido tomadas del *Diccionario de uso del español María Moliner* 2ª Edición, Gredos, Madrid, 1998.

mejores. **3** Lo más despreciable de una cosa ‘El desecho de la sociedad’.

Dentro de unas jornadas dedicadas al territorio, donde el subtítulo “Control GPS versus lloc sense ruta” resulta todo un posicionamiento ideológico, o cuanto menos donde parece pretenderse un enfrentamiento entre actitudes antagonistas en un mundo cada vez más homogéneo, el concepto “espigar” debe ser explicado. O, por mejor decir, debe ser primero situado, localizado, para después intentar definirlo y explicarlo. La relación entre las dos acepciones de la palabra espigar quiere plantearse como un todo que atiende a sus partes. La acción de espigar en un campo, y así pues dentro de un territorio y por lo tanto también en el ámbito de la ciudad, entendido como acción directa; y la acción tal vez más reflexiva de extraer información de medios impresos tanto desde las instituciones como desde los grupos de información, a los que cabe añadir los audiovisuales: inevitable desembocadura de toda una forma de hacer y/o pensar contemporánea. Por lo tanto el radio de acción de este concepto es el territorio natural, cada vez más escaso, y principalmente el regulado de las ciudades y los espacios urbanizados. Sobre esto volveremos un poco más tarde.

Así pues, localizado el análisis en este “territorio”, ¿qué sentido le damos a los *desechos*? ¿Qué son aquí los *desechos*?

Queremos utilizar este apelativo para denominar la manipulación de la imagen de la ciudad, es decir, su representación o la ciudad misma, para fines propagandísticos escudados en el sentir colectivo, el interés general o los símbolos de índole diverso. Cualquier puesta en práctica del poder se apropia de lo circundante. Más, si cabe, si ese poder entiende que lo circundante, en este caso la ciudad como ente orgánico, es una criatura más o menos embellecida por su acción gestora, su frankenstein particular. Partimos, así pues, de una clara apropiación del concepto, de un uso interesado de su sentido. La razón de este uso y abuso pretenderá hacer frente o exponer de manera definidora otros usos y abusos: los de la publicidad institucional en el espacio politizado de la ciudad; los que emplea el poder para legitimarse. La publicidad se erige sustituta de la realidad en una sociedad cada vez más virtual y desvirtuada. Ya no parece que sea cuestión de simulacro, sino de invención y posterior sustitución; es decir, se impone aquello que la mayoría quiere ver, no el acontecer de hechos que realmente ocurren. Por todo ello, tal vez resultara más apropiada la 3ª acepción, sino fuera porque emplea un singular [“el desecho”] en exceso generalizado que dejaría fuera otras interpretaciones

diversas, tanto o más interesantes y, sin embargo, no siempre tan visibles o fáciles de desenmascarar.

Empezar con esta apropiación del concepto quiere desvelar una evidencia: cuanto más pulidos sean los bordes de las cajas o los marcos de las vallas publicitarias y más luminosas las imágenes que desprendan, más ejercerán su poder de enmascaramiento o negación de lo otro, de todos y cada uno de sus antagonismos. Es bien sabido que esta reacción ya no contrapone los grandes temas opuestos, al modo de una *estética concentrada*, sino más bien usurpa la utilización interesada de las mismas herramientas que emplea la acción, empleándolas para sus fines divergentes. También se sabe, esta divergencia de fines no se demuestra como tal hasta bien cumplida su fase última, aquélla que pone en práctica por defecto o por exceso, lo que dice que no hace.

Volvamos por un momento a la acción principal de esta ponencia. Espigar entre los desechos no es recolectar. Como indica un personaje femenino de la película de Agnès Varda *Los espigadores y la espigadora* (2002), “espigar” implica recoger restos de las plantas que brotan del suelo, mientras “recolectar” es tomar frutos que penden de los árboles. Esta aparentemente sutil diferencia implica toda una actitud o, al menos, un gesto que exige un esfuerzo mayor. En definitiva, espigar es sacar partido de una cosecha que ya se ha dado por colectada y cuyos restos no interesan para el mercado; extraídos de un campo que, hasta la próxima cosecha, ya no aporta o contiene nada. Existe, incluso, una necesidad del espigueo, del modo similar a como actúan determinados seres vivos parásitos realizando una labor higiénica en otro, casi siempre de mayor tamaño, que accede por puro y propio interés sobre sí mismo.

Intencionadamente, también queremos vislumbrar una semblanza con el concepto “tierra quemada”, utilizado por lo general tras un arrasamiento de las cosas válidas [cosechas] de un campo concreto o, figuradamente, de cualquier campo de interés, generando una inquietud similar cuando es trasladable al espacio cultural. Con frecuencia se han definido determinados eventos artísticos y su gestión como los sucesos que arrasan durante un tiempo un lugar concreto y donde, tras ellos, nada queda en el espacio que los albergó, salvo la *tierra quemada* tras su paso fulgurante. La pretensión aquí es su contrario: reflexionar antes que actuar, sobre todo si la actuación responde a intereses reflexivos, en el sentido de posesivos; sobre todo si la acción viene acompañada de una innata transformación de lo circundante, de una variación *ad infinitum* de todo lo existente tendente a transformar el territorio natural en un mapa a vista de satélite, los simulacros contemporáneos.

Varda comienza su filme-ensayo definiendo el verbo “espigar” y el nombre o sustantivo “espigador/a”. También aquí es importante situarnos en un espacio, deslindar un terreno de estudio o aproximación *espigadora*. Evidentemente, la acepción que mejor encaja para nuestro propósito es la 2ª: “Buscar y recoger de distintos libros o escritos datos, noticias, citas, etc.” En cierto sentido, además de la búsqueda y recogida, por espigar podríamos entender, sin eludir la labor interpretativa derivada, también el hecho de descontextualizar una “cosa” de su hábitat propio. Cualquier cosecha lo es, desde luego, porque implica un traslado desde el lugar de siembra y recogida al espacio de venta y consumo. Lo que aporta el hecho mismo del espigero es que la descontextualización se da, o se puede dar, en unas condiciones limitadas, exiguas, precarias. No hay una elección basada en la abundancia, sino que sobrevive una claridad de ideas que permite incluso elegir entre aquello que ha sido desechado o que ya no sirve para colmar las expectativas del mercado. Espigar, por lo tanto, siempre aportará una interpretación de no abundancia, de limitaciones, de pequeños [grandes] encuentros; y de su acomodación a ellos como material de estudio que, entonces y sólo entonces, podrán hacerse mayores, ampliar su calibre. Es por ello una acción [la acción misma, tal vez la única posible] propia de los modos de resistencia.

En otro sentido, la descontextualización ¿encuentra una forma moderna de expresarse a través de los eslóganes, a través de los títulos, a través de las expresiones cada vez más cortas y de interpretación más compleja? ¿Qué dicen los eslóganes cuando ha desaparecido el marco que los delimita o los acoge?

Al mismo tiempo que persiste la descontextualización, aumenta la acumulación de lo descontextualizado. La selección de entre esta acumulación va conformando un archivo, o puede al menos conformar un archivo, que aquí no es el espacio físico que mantiene archivado los diferentes archivos en tanto que documentos [pues “archivo” es tanto el contenedor como los diferentes elementos que lo completan, como asimismo el lugar que puede albergarlos]. Por lo tanto, decíamos, aquí no es espacio físico sino una suerte de recorrido personal de selección, una forma de acercarse al análisis de diferentes elementos diversos que adquieren nuevo protagonismo o uno distinto por su relación entre sí. Una suerte de mirada personal que involucra tanto las decisiones tomadas como las aún pendientes de tomar; que tanto atiende a determinados aspectos memorísticos como se habitúa a nuevos modos de pensar y de ver. Una acción, un gesto, mucho más que un solo pensamiento o una sola mirada. Es gesto y acción tras la mirada detenida y el pensamiento elaborado.

El modo en que el archivo se define en la actualidad responde con claridad a la aproximación de Michel Foucault, que lo contrapone, y así pues lo iguala, al concepto de biblioteca. Un archivo que ya no es sólo textual, sino también visual; es decir, que ya no refleja únicamente la acción del “yo pienso”, sino también la del “yo hablo” y la del “yo veo”². La jerarquía de la biblioteca entendida como bastión de la tradición, como todo aquello que debía saberse pues en ella se contenía todo el saber, es desmenuzada por un microanálisis que se aproxima al motivo analizado con la efectividad de una lente de aumento y la precisión de un bisturí. Analizar cualquier cosa, por pequeña que sea, pero analizarla a fondo.

Gilles Deleuze escribe refiriéndose a Michel Foucault: “Un nuevo archivista es nombrado en la ciudad”³. El nombramiento de este nuevo archivista no es como una arribada física, espacial, geográfica, a la ciudad concreta. Es evidente. El aspecto novedoso, queremos ver aquí, es el modo en que este archivista se enfrenta a su tema de análisis. La novedad estriba en el método, que tanto aísla aquello sobre lo que quiere profundizarse, como profundiza sobre ello como no se hizo antes [“leer todo lo escrito sobre un mismo tema”]. Este método también pone en cuarentena los elementos analizados, intentando separar éstos de las influencias que han sido adheridas por la cultura, por la sociedad, por el uso instrumental e instrumentalizado de sus definiciones. En definitiva, una suerte de *espiguelo* basado en la calidad de la selección y en la forma, tal vez novedosa, de ser recogido, almacenado y nuevamente expuesto o dado para su exposición y consumo.

2. Definición del subtítulo

Publicidad institucional ante, bajo, con, contra... la ciudad

preposición: palabra invariable que establece una relación, de tipo distinto según la preposición, entre otras dos palabras, una de las cuales expresa un complemento de la otra⁴.

² MOREY, Miguel: “El lugar de todos los lugares: consideraciones sobre el archivo”, en *Registros imposibles: El mal de archivo*, Comunidad de Madrid, Madrid, 2006.

³ DELEUZE, Gilles: *Foucault*, Paidós, Colección Estudio nº 63, Barcelona, 1987.

⁴ *Diccionario de uso del español María Moliner* 2ª Edición, Gredos, Madrid, 1998.

Varios aspectos resultan interesantes de la definición *del* María Moliner: la *invariabilidad* de las preposiciones; la *relación* que establece entre *otras dos palabras*; la diferencia de tipo de relación y la supeditación de una respecto de la otra. Estos elementos son claves para definir, a continuación, qué sentido le damos a los siguientes complementos, incluidos en el subtítulo de la ponencia, siempre entendiendo que la ciudad queda supeditada al poder a través de la publicidad institucional:

Ante: en el sentido de anteponer unas decisiones por encima, o en vez, de otras; en este caso concreto, la anteposición de la propaganda por encima de la ciudad y los ciudadanos.

Bajo: en cuanto que subyacente; el empleo de mensajes subliminarios o interesados; recurrir a símbolos de identidad para explicar o respaldar decisiones políticas que responden a intereses ideológicos, económicos o de otro carácter.

Con: utilización de la ciudad como espacio contenedor sin voz, al que se puede introducir un contenido cualquiera que queda legitimado de forma inmediata.

Contra: evidentemente, contra los intereses colectivos, aunque estos devengan cada vez más minoritarios.

La condición de las ciudades contemporáneas de escenografías aptas para la celebración de eventos espectaculares y *citas irrepetibles*, parece haber unido en fraternal abrazo la política de partidos, la arquitectura de las grandes firmas y los símbolos de identidad de los pueblos, entendidos éstos como el mínimo elemento diferenciador de entre la globalización de formas y materiales generalizada. Esta comunión ha forzado la univocidad de las opiniones y la hegemonía de los discursos afines a quien los promueve, quedándose aisladas y sin representación las voces que claman por la innecesidad o peligrosidad de estas alianzas interesadas. La única forma de que una ciudad se sitúe en el mapa de la visibilidad es promoviendo un evento de grandes características, importando poco si su cariz es deportivo, cultural, religioso o todo y nada al mismo tiempo.

Es por ello que el subtítulo de esta ponencia haya partido del hecho incuestionable de la “publicidad institucional” en cuanto que propaganda, donde la ciudad no es sino el fondo [imprescindible, pero fondo al fin y al cabo] sobre el que se suceden toda una retahíla de efectos visibles. Esta visibilidad, sin embargo, no por más demostrada, en cuanto que descubierta y desvelada, pierde intensidad o deja de emplearse. Más bien al contrario, el exceso de su utilización conforma una pantalla de

protección frente a los espectadores convertidos por su omnipresencia en usuarios y, por derivación, en clientes, que genera una [falsa] aunque muy persistente sensación de veracidad continuada. Ante la persistencia de un mismo concepto, gran parte de los espectadores asumirán éste como un hecho fehaciente, casi natural en el sentido innato del término, y no como la construcción publicitaria, ideológica, política o cultural que supone, también fehacientemente. Actúa, por lo tanto, de idéntica manera a como la hace la publicidad; hasta un tipo de audiencia despierta y crítica asumirá el *producto* como un práctica consumista difícilmente evitable, dándole una fraternal bienvenida a *las repúblicas independientes* en que han derivado sus casas.

Ante esta situación, la izquierda parece tender hacia un sentimiento de perplejidad que suele derivar en una visión negativa, pesimista, cuando no catastrófica de lo circundante, en especial cuando esto se basa irremediamente en su transformación continua. El localismo ya no responde únicamente a las necesidades de su ámbito, cuanto sí [y cada vez más] al interés concreto de su municipalidad, derivada en luchas fratricidas que desembocan, casi como norma, en la especulación y la corrupción de su gestión.

Indicaba Daniel Innerarity en un artículo de opinión titulado *Salir del pesimismo*, que “hoy la derecha es optimista y la izquierda pesimista. Tal vez el antagonismo político se articule actualmente más como disposición emocional que como proposición ideológica”⁵. Con gran claridad, el filósofo bilbaíno expone el cambio de paradigma que ha supuesto en la actualidad autodefinirse de izquierdas o de derechas, al tiempo que reprocha una cierta inercia en el progresismo: “El estado de ánimo general de la derecha, que tiene su mejor exponente en Sarkozy, es todo lo contrario de la resignación: decidida y activa, sin complejos, confiada en el futuro y con una firme resolución de no dejar a nadie el mando de la vanguardia. Esta disposición es lo que está poniendo en dificultades a una izquierda que, aun teniendo buenas razones para oponerse, no las tiene a la hora de proponer algo mejor”. La tesis de Innerarity incide en la característica “melancólica y reparadora” de la izquierda, que posee una “actitud recelosa frente a el porvenir”, pues percibe “al mercado y la globalización como los agentes principales del desorden económico y las desigualdades sociales, dejando de advertir las posibilidades que encierran y que pueden ser aprovechadas”. Continúa el artículo ofreciendo acertadas consideraciones a propósito de este cambio de

⁵ El País, Viernes 7 de septiembre de 2007. Versión digital:
http://www.elpais.com/articulo/opinion/Salir/pesimismo/elpporopi/20070907elpepiopi_5/Tes

paradigma y animando a la izquierda prácticamente a refundacionarse ante la apropiación de conceptos *tradicionalmente* propios ahora en el espacio socializado y dinámico de la derecha: “En lugar de proclamar que "otro mundo es posible", más le vale imaginar otras maneras de concebir y actuar sobre este mundo. La idea de que no se puede hacer nada frente a la globalización es una disculpa de la pereza política”.

En cierta forma, estas jornadas surgen no sabemos si frente a la demostrada “pereza política” o como sacudida colectiva de esa melancolía propia del conservacionismo de izquierdas. En cualquier caso, y por lo que a este análisis respecta, el “espiguelo” querría ser visto y expuesto aquí como acción que combatiría por un lado cierta pereza ideológica, más que política; y, por otro, que pudiera eliminar en su acción de resistencia cualquier gesto melancólico atenazante y retardatario. Es decir, y también, que la suma de gestos individuales avanzara tanto en la construcción personal del individuo como en la constatación colectiva, tan necesaria para las transformaciones sociales como la difusión publicitaria del consumo provoca el consumo mismo. Sin resquemores, sin ceños fruncidos pero con la actitud, nada sencilla de mantener activa por otra parte, de una resistencia continua.

Álvaro de los Ángeles